

manera muy perfecta, el placer que me ha causado vuestro discurso; pero os confieso, con una franqueza de que sois muy digno, que este placer se halla mezclado de cierto horror. El vuelo que tomáis puede muy fácilmente estraviaros, tanto mas cuanto que no teneis como yo un fanal que podáis mirar en todos los tiempos y á todas las distancias. ¿No hay temeridad en querer comprender cosas que se hallan tan sobre nuestro alcance? Los hombres han sido siempre tentados por ideas singulares que lisonjean el orgullo. ¿Es tan dulce marchar por caminos extraordinarios que ningun pié humano ha hollado! Mas ¿qué se gana con eso? Se hace el hombre mejor por ello? Porque este es el grande asunto. Digo mas: ¿se hace mas sabio? ¿Por qué conceder nuestra confianza á esas bellas teorías, si no pueden conducirnos, ni lejos, ni en via recta? No rehusó ver bellas consideraciones de todo lo que acabais de decirnos; pero una vez siquiera, ¿acaso no corremos dos grandes peligros, el de estraviarnos de una manera funesta, y el de perder en vanas especulaciones un tiempo precioso que pudiéramos emplear en estudios, y acaso en descubrimientos útiles?

EL SENADOR.

Sucede precisamente lo contrario, mi querido Conde; nada hay mas útil que los estudios que tienen por objeto el mundo intelectual; este es precisamente el gran camino de los descubrimientos. Todo lo que puede saberse en la filosofía racional se encuentra en la siguiente espresion de S. Pablo: EL MUNDO ES UN SISTEMA DE COSAS INVISIBLES, MANIFESTADAS VISIBLEMENTE.

«El universo, ha dicho en otra parte Carlos Bossuet, no será otra cosa que un conjunto de apariencias! (1)

Sin duda, al menos en cierto sentido; porque hay un género de idealismo que es muy razonable. Dificilmente acaso se encontrará un sistema de cualquiera celebridad que no encierre algo verdadero.

Si considerais que todo ha sido hecho por «y para» la inteligencia; que todo movimiento es un efecto, de manera que la causa propiamente dicha de un movimiento (2), que las palabras

(1) La naturaleza entera no sería, por lo tanto, para nosotros, sino espectáculo de apariencias. (Bossuet, Paling., part. XIII, cap. II.)

(2) Sto. Tomás ha dicho: *Omne movile a principio immobili.* (Adv. gentes I, XLIV, n. 2, y XLVII, n. 6.) Mallebranche lo ha repetido. Solo

«causa» y «materia» se escluyen mutuamente, como las de «círculo» y «triángulo», y que todo se refiere en este mundo que nosotros vemos, á otro mundo que no vemos (1), conoceréis fácilmente que vivimos en efecto *en medio de un sistema de cosas invisibles, manifestadas visiblemente.*

Recorred el círculo de las ciencias, vereis que comienzan todas por un misterio. El matemático marcha á tientas sobre la base del cálculo de las cantidades imaginarias, aunque sus operaciones sean muy justas. Comprende menos todavía el principio del cálculo infinitesimal, uno de los instrumentos mas poderosos que Dios ha confiado al hombre. Se admira de deducir consecuencias infalibles de un principio que choca con el buen sentido, y hemos visto á las academias pedir al mundo sabio esplicacion de esas aparentes contradicciones. El astrónomo atraccionario dice, que no se embaraza de ningun modo el saber lo que es la *atraccion*, una vez que esté demostrado que esta fuerza existe; pero en su conciencia se embaraza mucho. El «germinalista» que acaba de pulverizar los romances del «epigenegista», se tiene todo pensativo ante la oreja del mulo: toda su ciencia desfallece y su vista se turba. El fisico que ha hecho la experiencia de Hales, se pregunta á si mismo lo que es una planta, lo que es la malva, en fin, lo que es la materia, y no se atreve á burlarse de los alquimistas. Pero nada es mas interesante que lo que acontece en nuestros dias en el imperio de la química. Estad atentos á la marcha de las experiencias, y vereis á dónde se encuentran conducidos los adeptos. Respeto sinceramente sus trabajos; pero temo mucho que la posteridad los aproveche sin reconocimiento, y que mire á ellos mismos como ciegos que han llegado sin saberlo á un pais cuya existencia negaban.

No existe pues ninguna ley sensible que no tenga detrás de ella (permittedme esta espresion ridicula) una ley espiritual, de la que la primera no es mas que la espresion visible; y ved por qué toda esplicacion de causa por la materia no satisfará jamas á un buen entendimiento. Desde que se vale del dominio de la expe-

Dios, dice, *es á la vez motor é inmóvil.* (Pech. de la verité, in 1.^o Append., pág. 520.) Pero el axioma pertenece á la filosofía antigua.

(1) Todo el mundo visible no está hecho sino para el siglo del porvenir; todo lo que pasa tiene sus relaciones secretas con ese siglo eterno en que nada pasará; todo lo que vemos no es sino la figura y la espectacion de cosas invisibles. Dios no obra en el tiempo, sino para la eternidad. (Massillon, Serm. sobre las aflicciones, 3.^o parte.)

riencia material y palpable **para** entrar en el de la filosofía racional, es menester salir de la **materia** y explicarlo todo por la metafísica. Hablo de la verdadera metafísica, y no de la que ha sido cultivada con tanto ardor **durante** el último siglo por hombres á quienes se llamaba seriamente «metafísicos.» ¡Chistosos metafísicos! que han pasado su **vida** en probar que no hay metafísica; brutos ilustrados en quienes **el** genio estaba «animalizado.»

Es pues muy cierto, mi **digno** amigo, que no se puede llegar sino por «esos caminos **extraordinarios**» que tanto teméis. Que si yo no llego, ó porque me **faltan** las fuerzas, ó porque la autoridad habrá levantado **barreras** en mi camino, ¿no es punto capital el saber que me hallo en el **buen** camino? Todos los inventores, todos los hombres originales, han sido hombres religiosos y aun exaltados. El espíritu humano, desnaturalizado por el escepticismo religioso, se parece á un **terreno** erial, que nada produce, ó que se cubre de plantas espontáneas, inútiles al hombre. Entonces hasta su misma fecundidad es un **mal**; porque esas plantas, confundiendo y entrelazando sus raíces, endurecen el suelo, y forman una barrera mas entre el cielo y la tierra. Romped, romped esa maldita corteza; destruid esas **plantas** mortalmente vivaces; reunid todas las fuerzas del hombre; hundid la réja; buscad profundamente la potencia de la tierra **para** gozarla en contacto con la potencia del cielo.

Ved, señora, la **imagen** natural de la inteligencia humana abierta ó cerrada á los **conocimientos** divinos.

Las mismas ciencias naturales están sometidas á la ley general. El genio no se arrastra con **el** apoyo de los silogismos. Su ademán es libre; sus maneras **tienden** á la inspiración: se le ve llegar, y nadie le ha visto en su **camino** (1). ¿Hay, por ejemplo, un solo hombre que pueda compararse á Keplero en astronomía? ¿El mismo Newton es otra cosa que **el** sublime comentador de ese grande hombre, único que ha **podido** escribir su nombre en los cielos? Porque las leyes del mundo **son** «las leyes de Keplero.» Hay sobre todo en el tercero algo **tan** extraordinario, tan independiente de todo conocimiento preliminar, que no se puede menos de reco-

(1) *Divina cognitio non est inquisitiva... non per ratiocinationem causata, sed immaterialis cognitio rerum absque discursu.* (S. Thomas, advers. gentes, I, 93). En efecto, siendo **en** Dios la ciencia una intuición, cuanto mas goza de este carácter **en** el hombre, tanto mas se aproxima á su modelo.

nocer en él una verdadera inspiración: no llegó á este inmortal descubrimiento sino siguiendo yo no sé qué ideas místicas de nombres y de armonía celestial, que se concordaban muy bien con su carácter profundamente religioso, pero que para la fría razón no son mas que puros sueños. Si se hubieran sometido esas ideas al exámen de ciertos libros de toda clase de superstición, á Bacon, por ejemplo, que amaba la astronomía y la física como los «primeros hombres» de Italia amaban á las mujeres, no hubieran faltado «ídolos de cavernas» ó «ídolos de tribus, etc.» (1).

Pero ese Bacon que «había sustituido el método de inducción al del silogismo,» como se ha dicho en un siglo en que se han agotado todos los géneros del delirio, no solamente había permanecido extraño al descubrimiento de su inmortal contemporáneo, sino que se atenia obstinadamente al sistema de Ptolomeo, á pesar de los trabajos de Copérnico, y llamaba á esa obstinación «una noble constancia» (2).

Y en la patria de Rogerio Bacon se creía, aun despues de los descubrimientos de Galileo, que los vidrios cáusticos debían ser cóncavos, y que el movimiento de tanteo que se hace subiendo y bajando un lente para encontrar el verdadero punto del foco, aumentaba el calor de los rayos solares.

Es imposible que no os hayais divertido algunas veces con las explicaciones mecánicas del magnetismo, y sobre todo de los átomos de Descartes en forma de «tirabuzones» (3), pero seguramente que no habeis leído lo que ha dicho de ellos Gilbert: porque los libros antiguos ya no se leen. No pretendo decir que tenga razón; pero apostaría, sin vacilar, mi vida, y aun mi honor, á que jamás se descubrirá nada del profundo misterio de la naturaleza, sino siguiendo las ideas de Gilbert, ó de otros del mismo género, así como el movimiento general de las aguas en el mundo no se explicará jamás de una manera satisfactoria (en la hipotesis de que se explique) sino á la manera de Séneca (4), es decir, por métodos com-

(1) Los que conocen la filosofía de Bacon entienden este argumento; sería cosa demasiado larga el explicarlo á los otros.

(2) *Itaque tenebimus, quemadmodum caelestia sonent, NOBILEM CONSTANTIAM.* (The works of Fr. Bacon, London, 1803, en 8.º *Thema caeli*, t. IX, p. 252.)

(3) *Carterii principia philo replica*, Pars. IV, n.º 133, p. 186, Amst., Blaen, 1685, en 4.º

(4) Sen. *æmest. nat.* III, 10, 12, 15. Elzevir, 1539, 4 vol. en 12.º, t. II, p. 578 y siguientes.

pletamente extraños á nuestras experiencias materiales y á las leyes de la mecánica.

Cuanto mas se relacionan las ciencias con el hombre, como la medicina, por ejemplo, tanto menos pueden prescindir de la religion: leed si quereis á los médicos irreligiosos, como sabios, ó como escritores, si lo merecen por su estilo; pero no los aproximeis nunca á vuestro lecho. Dejemos á un lado, si quereis, la razon metafísica, que es sin embargo muy importante; pero no olvidemos nunca el precepto de Celso que nos recomienda en cierto paraje que busquemos cuanto nos sea posible «al amigo médico» (1); busquemos pues, ante todo, al que ha jurado amar á todos los hombres, y huyamos de todo el que niega por sistema el amor á todos.

Los mismos matemáticos están sometidos á esta ley, aun cuando sean mas bien un instrumento que una ciencia, pues que todo su mérito consiste en conducirnos á conocimientos de otro orden que el suyo: comparad los matemáticos del gran siglo y los del siguiente. Los nuestros fueron «poderosos cifreros»; manejaban con maravillosa destreza los instrumentos que se ponian en sus manos; pero esos instrumentos fueron inventados en el siglo de la fé, y aun de las facciones religiosas que tienen una virtud admirable para crear grandes caractéres y grandes talentos. No es lo mismo avanzar por un camino que descubrirle.

El mas original de los matemáticos del siglo XVIII, hasta el punto que me es permitido juzgarle, el mas fecundo y cuyos trabajos produjeron mayor provecho para el hombre (jamás debe olvidarse este punto), por la aplicacion que hizo de ellos á la óptica y á la náutica, fué Leonardo Enlero, cuya tierna piedad fué conocida de todo el mundo, y principalmente de mí, que por tan largo tiempo he podido admirarle de cerca.

Que no se venga, pues, á vociferar al «iluminismo,» al «misticismo.» Las palabras no son nada; y sin embargo, con ese nada se intimida al genio y se intercepta el camino de los descubrimientos. Ciertos filósofos se han convenido en este siglo en hablar de «causas;» pero ¿cuándo se querrá comprender que no puede haber «causas» en el orden material, y que todas ellas deben buscarse en otra esfera?

Y si esta regla tiene lugar, aun en las ciencias naturales, ¿por

(1) *Quiam par scientia sit, utiliore tamem medicum esse (scias) amicum quam extraneum.* (Anr. Corn. Celsi de Remed. Præf. lib. I.)

qué en las de un orden sobrenatural no nos hemos de entregar sin el menor escrúpulo á investigaciones que podríamos llamar tambien sobrenaturales? Me admiro, señor Conde, de hallar en vos preocupaciones de las que la independencia de vuestro entendimiento debiera haberse evadido fácilmente.

EL CONDE.

Os aseguro, querido amigo, que podria haber en ello mala inteligencia entre nosotros, como acontece en la mayor parte de las discusiones. Jamás he tratado de negar, Dios me libre, que la religion sea madre de la ciencia; la teoria y la experiencia se reunen para proclamar esta verdad. El cetro de la ciencia no pertenece á la Europa, sino porque es cristiana. No ha llegado á ese alto punto de civilizacion y de conocimientos, sino porque ha comenzado por la teología; porque las universidades no fueron en un principio, sino escuelas de teología, y porque todas las ciencias, calcadas sobre este «objeto» divino, han manifestado el efecto de la divina sabia por una grandiosa vegetacion. La indispensable necesidad de esa larga preparacion del genio europeo es una verdad capital, que se ha evadido á los discursistas modernos. Bacon mismo, á quien habeis pintado exactamente, se ha engañado en esto como otras gentes que se hallaban en condiciones inferiores á su inteligencia. Es muy entretenido cuando trata de este asunto, y sobre todo, cuando se enfada contra la escolástica y contra la teología. Hay que convenir en que este hombre célebre parece ha desconocido completamente las preparaciones indispensables para que la ciencia no sea un gran mal. Enseñad á los jóvenes la física y la química antes de haberles impregnado de la religion y de la moral; enviad á una nacion nueva académicos antes de haber enviado misioneros, y vereis el resultado.

Creo que puede probarse hasta la demostracion, que hay en la ciencia, si no está subordinada á los dogmas nacionales, algo oculto que tiende á rebajar al hombre y hacerle, sobre todo, inútil ó mal ciudadano: este principio, bien desenvuelto, suministraría una solucion clara y perentoria del gran problema de la utilidad de las ciencias; problema que ha embrollado mucho Rousseau en la mitad del último siglo con su espíritu falso y sus conocimientos á medias (1).

(1) El estudio de las ciencias naturales tiene sus excesos como lo demás,

¿Por qué los sabios son casi siempre malos hombres de Estado, y en general inhábiles para los negocios?

De dónde procede que por el contrario los sacerdotes (los SACERDOTES digo) son naturalmente hombres de Estado? Es decir: ¿por qué el orden sacerdotal los produce con ventaja, proporcion guardada á todos los órdenes de la sociedad? sobre todo, de esos hombres de Estado «naturales,» si puedo esplicarme así, que se lanzan en los negocios y los entienden sin preparacion, tales como los muchos que emplearon Carlos V y su hijo, y que nos admiran en la historia?

¿Por qué la mas noble, la mas fuerte, la mas poderosa de las monarquías ha sido «formada,» al pié de la letra, por los «obispos» (así lo confiesa Gibbon) «como una colmena es formada por las abejas?»

No concluiría este asunto; pero, mi querido Senador, por interés mismo de esta religion y por el honor que se le debe, recordemos que nada nos recomienda mas que la sencillez y la obediencia. ¿De quién es conocida mejor nuestra frágil arcilla, que de Dios! Me atrevo á decir que lo que debemos ignorar es mucho mas importante para nosotros que lo que debemos saber. Si ha colocado ciertos objetos mas allá de los alcances de nuestra vista, es sin duda ninguna porque sería peligroso para nosotros el percibirlos distintamente. Adopto con toda voluntad y admiro vuestra comparacion, deducida de la tierra abierta ó cerrada á las influencias del cielo; guardaos, sin embargo, de deducir una consecuencia falsa de un principio evidente. Que la religion y aun la piedad sean la mejor

y hemos llegado á él. Ellas no son, ni deben ser el objeto principal de la inteligencia; y sería la mayor locura que se pudiera cometer, el esponerse á que faltasen hombres por sobra de físicos. Filósofo, decía Séneca muy bien, comienza por estudiar á tí mismo, antes de estudiar el mundo. (Ep. LXV.) Pero las palabras de Bossuet admiran mucho mas, porque caen de mas alto:

«El hombre es vano en mas de un sentido; estos piensan ser mas racionales, y son vanos de los dones de la inteligencia... á la verdad, son dignos de distinguirse de los otros, y constituyen uno de los mas bellos ornamentos del mundo; pero ¿quién podría soportarlos, cuando tan pronto como se sienten con algo de talento... fatigan los oídos de todo el mundo... y piensan tener derecho para hacerse escuchar indefinidamente y decidir soberanamente de todo? ¡Oh justicia en la vida! oh igualdad en las costumbres, ó medida en las pasiones! Ricos y verdaderos ornamentos de la naturaleza racional, ¿cuándo aprenderemos á apreciarlos en vuestro verdadero valor!» (Sermon sobre el honor.)

preparacion para el espíritu humano; que le predispone tanto como la capacidad individual permite, á toda clase de conocimientos, y que le coloca en el camino de los descubrimientos, esta es una verdad incontestable para todo el que haya llevado á sus labios la copa de la verdadera filosofia. Pero ¿qué consecuencia deduciremos de esta verdad? Que «es necesario consagrar todos nuestros esfuerzos para penetrar los misterios de esta religion?» De ninguna manera: permitidme que os lo diga: este es un evidente sofisma. La consecuencia legitima es: que es necesario subordinar todos nuestros conocimientos á la religion; creer firmemente que se estudia orando; y sobre todo, cuando nos ocupemos de filosofia racional, no olvidar jamás que toda proposicion de metafísica, que no salga como por sí misma de un dogma cristiano, no es ni puede ser mas que una culpable estravagancia. Ved ahí lo que basta para ponerlo en práctica: ¿qué importa lo demás? Os he seguido con grande interés en todo lo que nos habeis dicho sobre esta incomprensible unidad, base necesaria de la «reciprocidad,» que todo lo explicaria, si pudiera esplicarse. Alabo vuestros conocimientos y la manera con que sabeis hacerlas convergir; sin embargo, ¿qué ventajas os dan sobre mí? Esa reciprocidad la creo como vos, como creo en la existencia de la ciudad de Pequin, como el misionero que vuelve de ella, y con quien comimos el otro dia. Cuando penetreis la verdad de ese dogma, perdereis el mérito de la fé, no solamente sin ningun provecho, sino hasta con gran peligro para vos, porque no podriais en ese caso responder de vuestra cabeza. ¿Recordais lo que leiamos juntos hace algun tiempo en un libro de S. Martin? «Que el químico imprudente corre riesgo de adorar su obra.» Esta palabra no se ha escrito al aire: ¿no ha dicho Mallebranche que una «falsa creencia sobre la eficacia de las causas secundarias podría conducir á la idolatría?» Esta es la misma idea. Hemos perdido, no hace mucho tiempo, un amigo comun, eminente en ciencia y en santidad: bien sabeis que cuando hacia, siempre por sí solo, ciertas experiencias químicas, creia deberse rodear de santas precauciones. Se dice que la química pneumática data de nuestros dias; pero ha habido, hay y habrá sin duda ninguna siempre una química demasiado «pneumática.» Los ignorantes se rien de estas cosas, porque no las comprenden: tanto mejor para ellos. Cuanto mas conoce la inteligencia, mas culpable puede ser. Hablamos muchas veces con asombro estúpido del absurdo de la idolatría; pero puedo aseguraros muy bien que, si tu-

viéramos las ideas que estraviaron á los primeros idólatras, todos nosotros lo seríamos, ó que al menos Dios apenas podría marcar para él «doce mil hombres en cada tribu:» partimos siempre de la hipótesis bárbara de que el hombre se ha ido elevando gradualmente desde la barbarie á la ciencia y á la civilización. Este es el sueño favorito, el error matriz, y como dicen las escuelas, el «prototipo» de nuestro siglo. Pero si los filósofos de este desgraciado siglo, con la horrible perversidad que les hemos conocido, y que se obstinan todavía, á pesar de las advertencias que han recibido, hubieran poseído además algunos de esos conocimientos que necesariamente debieron pertenecer á los primeros hombres, ¡desgraciado del universo! Hubieran acarreado sobre el género humano alguna calamidad de un orden sobrenatural. Ved lo que han hecho y lo que nos han ocasionado, á pesar de su profunda estupidez en las ciencias espirituales.

Me opongo, pues, cuanto puedo, á toda investigación curiosa que sale de la esfera temporal del hombre. *La religion es un aroma que impide que la ciencia se corrompa:* excelente concepto de Bacon, á quien por esta vez no criticaré. Solo me veo tentado á creer que no ha reflexionado él mismo bastante sobre su propia máxima, puesto que ha trabajado formalmente en separar el «aroma» de la ciencia.

Observad también que la religion es el mayor vehículo de la ciencia. No puede, es cierto, crear el talento donde no existe; pero lo exalta sin medida en todas partes donde lo encuentra, sobre todo, al talento de los descubrimientos, al paso que la irreligion lo comprime siempre y lo ahoga muchas veces. ¿Qué mas queremos pues? No nos es lícito penetrar el instrumento que se nos ha concedido para penetrar. Es muy fácil destrozarle, ó lo que es peor, acaso falsearle. Doy gracias á Dios de mi ignorancia mas todavía que de mi ciencia; porque mi ciencia soy yo al menos en parte, y por consiguiente no puedo estar seguro de que sea buena. Mi ignorancia, por el contrario, al menos de la que yo hablo, es de él; y por lo tanto, tengo en ella toda la confianza posible. No trataré, pues, locamente de escalar el saludable recinto de que nos ha rodeado la sabiduría divina; por este lado estoy seguro de hallarme en el terreno de la verdad. ¿Quién me asegura que mas hallá (por no hacer suposiciones mas tristes) no me encontraré en los dominios de la superstición?

ni se supo ántes de descubrirse; pero que se descubrió al fin.

EL CABALLERO.

Entre dos potencias superiores que se baten, bien puede una tercera, aunque muy débil, proponerse como mediadora, siempre que le sea agradable, y que obre de buena fé.

Paréceme en primer lugar, señor Senador, que habeis dado demasiada latitud á vuestras ideas religiosas. Decís que la esplicacion de las causas debe siempre buscarse fuera del mundo material, y citais á Kepler, que legó sus famosos descubrimientos por yo no sé qué sistema de armonía celeste en que yo no comprendo nada; pero en todo esto yo no veo sombra de religion. Se puede ser músico muy bien y calcular los acordes sin ser piadoso. Paréceme que Kepler hubiera podido muy bien descubrir sus leyes sin creer en Dios.

EL SENADOR.

Os habeis contestado á vos mismo, señor Caballero, al pronunciar esas palabras *fuera del mundo material*. Yo no he dicho de ningun modo que cada descubrimiento deba salir inmediatamente de un dogma, como el pollo sale del huevo; he dicho, que no hay causas en la materia, y que por consiguiente no deben ser buscables en la materia. De consiguiente, solo los hombres religiosos pueden y quieren salir de ella. Los otros no creen sino en la materia, y hasta se corren cuando se les habla de otro orden de cosas. Hace falta á nuestro siglo una astronomía mecánica, una química mecánica, una pesantez mecánica, una moral mecánica, una palabra mecánica, remedios mecánicos para curar enfermedades mecánicas; y ¿qué se yo? ¿no es todo ya mecánico? Luego el espíritu religioso es el único que puede curar esta enfermedad. Hablábamos de Kepler; pero Kepler no hubiera seguido jamás el camino que tan bien le condujo, si no hubiera sido eminentemente religioso. No necesitaria otra prueba para conocer su carácter, que el título que dió á su obra sobre la verdadera época del nacimiento de Jesucristo (1); dudo que en nuestros dias un astrónomo de Lóndres y de París eligiese un título semejante.

(1) Se conoce una obra de este famoso astrónomo, titulada: *De vero anno quo Dei Filius humanam naturam assumpxit Joh. Kepleri commentatiuncula in-4*. Acaso que en efecto un erudito protestante no se explicaria así en nuestros dias.